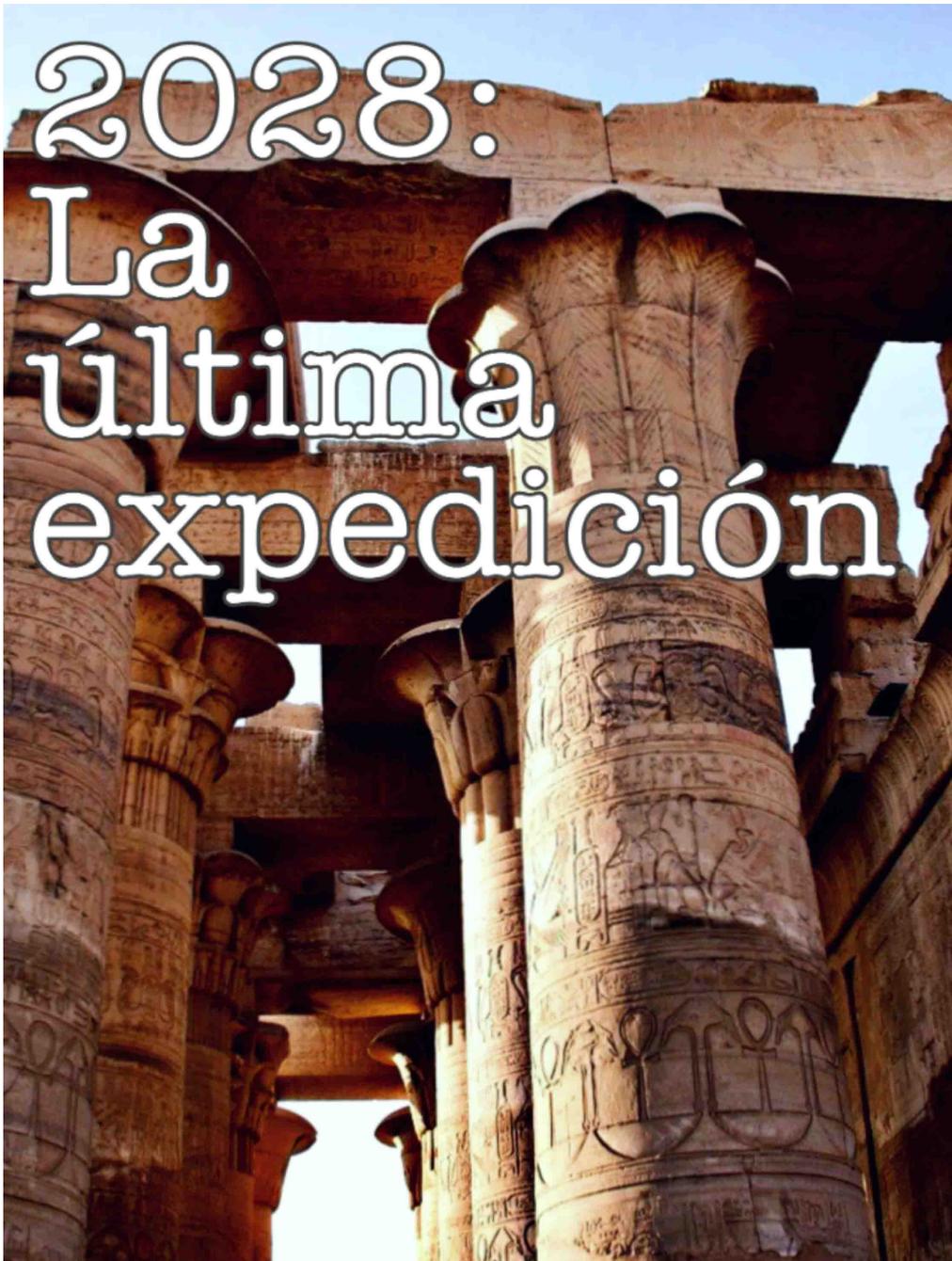


2028: La última expedición

Dark Void



José López

Capítulo 1

—¿Bueno?

—¿Damián? ¿Estás ocupado? —una voz enérgica entró a mi oído a través de mi celular. Era imposible no reconocer a su propietario. Era Gerard, uno de los mejores amigos que hice en mis tiempos de universitario. Y aunque era muy poco lo que frecuentábamos, seguíamos siendo los mismos.

—En lo absoluto, ¿necesitas algo?

—Mira, sé que sonará loco, pero... —cuando estaba muy emocionado se olvidaba hasta de saludar. Pero no me molestaba. Al contrario, gracias a ello aprendí a prepararme mentalmente para procesar cualquier ocurrencia suya. Continuó—. ¿Quieres ir a Egipto?

Sus palabras me dejaron sin habla durante un momento. Era lógico. De todas las locuras que llegaban a la mente de Gerard, esta, sin duda, era la más descabellada que hubiese escuchado jamás.

—¿A Egipto? —hablé luego de un rato. Volviendo a tomar el bolígrafo que antes había dejado caer debido a mi asombro.

—Sí. Mira, se me ocurrió que podríamos conocer un poco de esa civilización con la tecnología actual, pero mi plan necesita que nos movilizemos hasta el lugar para que sea más interesante.

Con eso empezó. Yo solo escuchaba como hablaba sin parar.

Conforme procesaba todo lo que me decía, me daba cuenta que ese plan suyo no parecía algo del otro mundo. En realidad sonaba divertido. Sugería que usáramos la realidad aumentada directamente en alguna ruina antigua y mediante cámaras y drones, simuláramos la reconstrucción del lugar. Además de eso, añadir algunos algoritmos de inteligencia artificial para generar una pequeña cantidad de población basándose en los registros históricos de la red.

—Y para darle más realismo, pensé en utilizar atuendos de la época, ¿qué me dices? —concluyó.

—Opino que es una idea completamente loca. Pero me atrae bastante. Solo hay algo que no me has aclarado.

—¿Qué cosa?

—¿Dónde demonios conseguirás todas esas cosas? Y con «esas cosas» me refiero también a los permisos de ingreso al lugar. Independientemente de cuál sea el destino, debemos presentar una carta para que nos permitan la entrada con equipos digitales o tecnológicos.

—No te preocupes, ya he pensado en eso. Solo necesito saber si te apuntas a esa aventura.

—Bueno —dije, suspirando—. Está bien. Si todo está bajo control, cuenta conmigo.

—Vale. Cuando tenga todo preparado, te confirmo el día que viajaremos.

Colgó. A los tres días me llegó su mensaje. En una semana nos veríamos en el aeropuerto de Madrid.

*

Arribamos. Estaba agradecido. No sabía por qué, pero sentí que el viaje fue completamente espantoso a pesar de que no se nos presentó ningún contratiempo.

Al bajar del avión, lo primero que nos recibió fueron los brillantes rayos del sol. No había ni una sola nube en el cielo. Se veía que sería un hermoso día. Perfecto para realizar todas nuestras cosas con calma antes de partir al destino definitivo. El templo de Luxor.

Cuando le pregunté a Gerard por qué específicamente había elegido ese lugar, dijo que simplemente fue al azar luego de una búsqueda superficial de zonas históricas de Egipto. Eso era algo típico en él. Incluso en el instituto fue así. Hoy en día sigo sorprendiéndome el hecho de que se hubiese graduado si su actitud tan relajada contrastaba un poco con lo que eran las exigencias académicas al final de una carrera.

—Bueno, ambos estamos un poco cansados, pero necesitamos movernos. Aprovechemos el tiempo al máximo para poder tener todo listo antes de que anochezca.

La emoción que se veía en su rostro era como la de un niño recibiendo un regalo. Incluso parecía que no estuviese agotado por el viaje y el equipaje.

Cuando llegamos al hotel en el que dejaríamos gran parte del equipaje, comenzamos a preparar las cosas que nos llevaríamos. Vestuario, cámaras, drones, e incluso calibrar los sistemas y activar la IA para la generación de personas de la época. Queríamos tener listo todo lo posible para que solo nos quedase la tarea más difícil, que era el montaje de las

piezas en sus lugares.

Luego de refrescarnos. Dejamos el hotel y nos dirigimos a la estación de trenes que conecta con lo que anteriormente fue la civilización de Tebas. Llamada igual que el templo al que iríamos: Luxor.

Gerard me contó que tiempo atrás cruzar el río que divide ambas orillas se utilizaba era una balsa. Pero con todo el desarrollo que había ocurrido, ya había un puente e incluso servicio de trenes. Pero que ese último trabajaba solo dos veces al día. Ya el primero había funcionado y solo nos quedaba el de la noche. Aprovecharíamos ese y pasaríamos la noche directamente cerca del templo.

Después de las conversaciones triviales y las escasas horas de sueño que tuvimos, llegó un nuevo día. Finalmente llevaríamos a cabo la segunda parte del alocado pero divertido plan de Gerard.

Ya en el perímetro del templo antiguo, nos recibió un guía turístico. Era algo normal en cualquier lugar que requiriese una guía en algún lugar de conocimiento histórico. Nos habló de lo que era la ciudad antes del nombre que poseía actualmente. Era Tebas. En su época, se le conoció como una gran y antigua ciudad egipcia, siendo también la capital del antiguo Egipto. Al igual que otros puntos de interés vinculados a la localidad, todos seguían teniendo esa aura imponente a pesar de los siglos que le habían pasado por encima.

Después de las explicaciones iniciales, el guía nos comentó que por razones obvias él debía estar presente durante todo nuestro tiempo aquí. Eso naturalmente no representaba ningún inconveniente. No era que fuéramos a llevar a cabo un plan secreto. Simplemente estábamos por diversión y curiosidad.

Tras cuatro largas y tediosas horas de preparación y ubicación de los equipos, computadores, cámaras y drones en sitios que no fueran a generar daños estructurales —con el guía sugiriendo puntos claves y verificando todo— decidimos dar inicio a nuestro viaje. Le comentamos al joven si quería integrarse a esta aventura, pero cortésmente rechazó nuestra propuesta, alegando que no podía interferir mucho en las actividades de los turistas. Como sus razones eran lógicas, no insistimos.

—Sistemas listos, iniciando —dijo Gerard, y con eso la simulación de reconstrucción comenzó a ejecutarse. Lo que apareció ante mí me dejó maravillado.

Todo se veía tan perfecto; tan real. Poseían ese brillo único que caracterizaba a las cosas vivas. A pesar de que realmente eran columnas y muros con más de miles de años de antigüedad, todo este complejo sistema digital hizo un buen trabajo de engañar a la vista. Incluso pensé

en querer conocer al que creó todo esto para agradecerle infinitamente.

Incluso la luz real no permitía distinguir las cosas falsas de las reales. El sistema de adaptación de luz estaba en un punto que casi se podía considerar perfecto.

Dejando eso de lado, lo que más impresión causó tanto en mí como en el guía turístico fue la generación de personas con inteligencia artificial. Su diseño y comportamiento no era para nada diferente al de una persona real. Claro, la diferencia era que a ellos si podías traspasarlos como si fueran fantasmas. Pero con un poco de cuidado, podrías mezclarte completamente con ellos. Además, podías interactuar con esa población. Estaban programados para mezclarse con el entorno y comunicarse con otros; fuesen reales o digitales.

Pude distinguir personas en sus puestos de mercado, en las cercanías personas trabajando la tierra, caminaban simplemente, o niños que jugaban por allí. Una actividad diaria normal, solo que simulada.

Me cambié de ropa y usé el atuendo que Gerard había conseguido. Así fácilmente experimentaríamos de primera mano lo que realmente fue una vida en Egipto.

Luego que Gerard preparara las cosas, comenzamos a recorrer la zona. Todo lo que nuestros ojos veían era estudiado con gran detalle. Y lo que nos fuera desconocido lo preguntábamos a las «personas» para que nos iluminaran con su conocimiento; conocimiento que cualquier persona podría encontrar por la red, pero que el simple hecho de ser escuchada por «alguien nativo» lo hacía más interesante.

Sin embargo, la diversión no duró mucho. Al cabo de unas horas de entretenimiento, Gerard se me acerca con preocupación.

—Oye, algo me tiene inquieto —dijo—. La cámara de uno de los drones captó una imagen extraña. Mira.

Me acercó el celular con el que controlaba el sistema, y me mostró una grabación. En ella, un conjunto de vehículos militares estaban reunidos alrededor de un campo lleno de misiles y armamentos. Aunque no había sonido, no era necesario. Cada vez que algo así se juntaba, eran malas noticias.

—Es extraño. Pero deberíamos hablar con el guía para que nos aclare eso. Si están muy cerca de aquí, y fuese algo delicado, deberían haber avisado con tiempo para mantener al tanto a la población —expliqué.

—Vale. Vamos.

Nos acercamos al joven, quien estaba sentado cerca de la entrada del templo, observando con asombro disimulado. Cuando le mencionamos lo que vimos, habló.

—Sí. Son simples prácticas de lanzamientos de equipo militar. Ellos notifican y aclaran que no representan riesgos. Además, de ocurrir algo, notificarían y comenzarían los procedimientos de seguridad. Créanme, esto es el pan de cada día aquí.

Se veía tranquilo. Incluso su tono sonaba muy relajado. Efectivamente parecía que no era primera vez que tales cosas ocurrieran en este lugar.

Regresamos, no estábamos completamente satisfechos con eso. No podían culparnos. Al no estar acostumbrados a situaciones así, era inevitable sentir temor. Pensamos que podíamos distraernos un poco con la exploración al templo, pero no fue así.

La imagen a nuestro alrededor nos dejó perplejos. Todas las personas artificiales estaban mirando o señalando en una dirección mientras murmuraban. Parecía un efecto en cadena. Una tras otra. Gerard y yo hicimos lo mismo. Y lo vimos.

En la distancia, con un color naranja intenso mezclándose con un gris profundo, una nube de hongo se extendía hacia el cielo. Cualquiera que la viese se daría cuenta de lo que eso significaba. Ese tipo de nube normalmente aparecía cuando ocurría un estallido o explosión de algo de grandes dimensiones. Y cada que aparecía solo traía una cosa: muerte.

Sintiéndome como en cámara lenta, di la vuelta. Quería correr. Aunque sabía que era inútil esa acción. En todas las películas o series que he visto en mi vida, algo así no daba oportunidad de nada. En el mismo instante que ocurría eso, la muerte comenzaba a arrasar con todo lo que estaba a su paso. Claro, las zonas más alejadas tardaban unos minutos en ser consumidos por las llamas y el caos. Pero ese no era nuestro caso. Nos encontrábamos relativamente cerca de la tragedia.

Justo cuando ya intentaba dar el primer paso hacia adelante, noté como una enorme presión llegó sobre mi espalda. Se sentía como si una enorme mano estuviese recogiendo con intensidad algo que se le había caído. Imaginé la escena de un niño pasando su mano sobre un grupo de hormigas que tranquilamente realizan sus rutinarias actividades.

En esa fracción de segundo en la que todo eso pasó por mi mente, hice un esfuerzo por cerrar los ojos. Me dije que al menos sería una muerte rápida, que no sufriría ni me quejaría por lo que me estaba pasando. Pero no pude, pues cuando me disponía a hacerlo, alguien me agarró la mano

brevemente. No pude saber quién era porque antes de saberlo, el causante de la explosión nos desintegró.